



Memoria y testimonio en los escritos concentracionarios de Max Aub

Gustavo Matías Robles

Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones

Científicas y Técnicas

gustavomrobles@gmail.com

Resumen

Los relatos concentracionarios aubianos parecen ganar en la dialéctica entre realidad y ficción un término medio que tiene su lugar entre lo testimonial y lo experimental, sin reducirse sin embargo a ninguno, ubicado en una posición no localizable entre la denuncia del hecho y el festejo de las formas. En esos textos, Aub va a poner en juego la posibilidad de poner en palabras su propia experiencia de habitante de un campo francés de prisioneros y refugiados durante la Segunda Guerra Mundial. Allí va a ser puesto en juego el estatuto del testimonio como materia prima de la literatura en la medida en que no se trata simplemente de articular discursivamente una referencialidad, sino que el testimoniar constituye un trabajo titánico de transpoliar dimensiones, de saltar realidades cuyas líneas de conexión no son del todo explícitas. Y por otro lado, el problema de la ubicación pública de ese testimonio en la medida en que el testimonio tiene una prerrogativa política que es imposible dejar de lado, por esto ante la lectura de textos así, en los cuales la vocación testimonial es protagonista, lo primero que debemos preguntarnos es qué tipo de relato sobre el pasado propicia, a qué espacio en la construcciones de la memoria colectiva se dirige.

Palabras clave: Max Aub – Manuscrito cuervo – No son cuentos – Campo francés – memoria

Este trabajo está realizado como un conjunto no necesariamente articulado de observaciones y comentarios en torno a los relatos concentracionarios de Max Aub. El corpus escogido está constituido por tres grandes bloques: primero, los relatos ubicados en el tomo *No Son Cuentos*, relatos pequeños, anecdóticos, variados y sumamente significativos; en segundo lugar, la novela-teatro intitulada *Campo Francés*, y en tercer lugar, el inclasificable *Manuscrito Cuervo*, relato emblemático por sus múltiples aspectos temáticos y por constituir en sí una aventura estilística verdaderamente excitante; este último texto constituye sin duda el centro de este trabajo.

1.

Ante la primera lectura de muchos de los textos concentracionarios aubianos quedamos en una confusión que parece no resolverse nunca, en presencia de un escritura de tiros cortos sin ser necesariamente austera, de reflexiones que nunca dejan de ser



anécdotas, de un lenguaje interrumpido y hasta caótico pero que busca hacer mella en cada gesto, intuimos tempranamente que se trata de una literatura sobre intentos de subversión, de incorrecciones que tienden siempre a desficcionalizarse, relatos que en la dialéctica entre realidad y ficción parecen ganar un término medio que tiene su lugar entre lo testimonial y lo experimental, sin reducirse sin embargo a ninguno, ubicado en una posición no localizable entre la denuncia del hecho y el festejo de las formas. Tal vez, como modo de desmarcarse de una lengua y de una forma caduca para dar cuenta de semejantes experiencias, Aub decide subvertirlas en un molde inclasificable, intencionalmente incómodo no sólo a las categorizaciones sino al mismo ejercicio de lectura.

2.

*Manuscrito Cuervo*¹ es un texto escrito entre 1940 y 1950, texto inclasificable y paradigmático a la vez, que se abre en una variedad de aspectos: sondeo estilístico, denuncia política, recuerdos desde el infierno, reflexión antropológica, lamentos descarnados, exaltaciones abruptas. El Manuscrito Cuervo es un cuaderno encontrado al salir del campo por un ex internado, J R Bululú, y que pertenecía a Jacobo, un cuervo conocido por todos allí, que se paseaba escrutando la vida de los internados para fines propios. Se trata en realidad de un borrador en el cual Jacobo, en lengua corvina, dejó plasmado “un tratado de la vida de los hombres, para aprovechamiento de su especie” (Aub: 1999, 47): un intento de estudio académico, en el registro de las ciencias, acerca de la naturaleza humana a partir de sus sistemáticas observaciones en Le Vernet d’Ariège.

Como dijimos, texto complejo y repleto de niveles, MC logra poner en situación una dificultad inherente al discurso mismo: el problema de las dimensiones de la experiencia. Problema que no se agota en la pregunta y en las estrategias acerca de las técnicas del contar la acción sino que, y como este caso lo confirma, alude también a una inseguridad acerca de la relación del sujeto de la experiencia con el estatuto propio de ésta, como que la siente Levi cuando alude al temor de que no haya retorno posible, de que nadie este dispuesto a escuchar lo que tiene para contar. Esta situación se basa en que no se trata simplemente de articular discursivamente una referencialidad, sino que el testimoniar constituye un trabajo titánico de transpolar dimensiones, de saltar realidades cuyas líneas de conexión no son del todo explícitas. Es, en este sentido, la situación del testigo algo análoga pero inversa a la que vive el prisionero del que nos habla Platón en su alegoría de la caverna: un liberado que atraviesa un periplo tortuoso hasta la final contemplación de la luz

¹ De aquí en adelante citado como MC.



solar, y quien luego de tal éxtasis debe retornar para liberar a sus compañeros encerrados en el reino de las sombras; para tal cosa este hombre debe contarles aquello que ha visto y que escapa completamente a la imaginación de sus antiguos compañeros; pero estos, ensimismados en sus sombras, no comprenden lo que aquel tiene para decirles, lo consideran un loco, alguien que ha perdido completamente la cordura, que sólo perturba y acaban por matarlo. Por el contrario, el sobreviviente no ha visto el sol sino que ha descendido a lo más profundo de la caverna, ha visto lo indecible pero, al igual que en el mito platónico, la dimensión de su experiencia es tan distinta a la de sus circunstanciales interlocutores que acaba por parecer inverosímil, que acaba por ser considerado un indeseable. Ahora bien, esto que para Levi representa su incomodidad, para Aub es su ventaja: nuestro escritor decide tomar en serio el papel del alucinado y componer en un registro desbocado. MC es el relato de alguien que ya no está en sus cabales, y que por eso mismo da cuenta de que lo sucedido no pertenece a esta realidad; si la vida misma ha perdido su racionalidad, si el sentido se ha extraviado en situaciones incomprensibles, todo intento de dar cuenta de esto debe desplazar la lógica del relato hacia otras vecindades. Puede que el espíritu experimentador de Aub tenga su arcano en esta obsesión, en esta ventajosa dificultad.

3.

MC se construye alrededor de una estrategia de desrealización buscando un todo el tiempo eludir toda identificación emotiva con el universo narrado. Esta singular manera de moverse da cuenta no sólo de lo dificultoso de la empresa, sino también de una particular vocación literaria: MC no es una catarsis desmedida, no existe el flujo incontenido de exaltaciones dramáticas; por el contrario, Aub busca frenar toda tentación de emotividad, anular los espacios por los cuales puedan colarse los mecanismos de identificación; por eso apela a un narrador ante el cual la empatía sea imposible y hasta indeseada: un cuervo, animal despreciable y vil, cuyo alimento son los cadáveres, los cuerpos ya sin vida. Así, el relato se halla deshumanizado a partir de la voz que nos lo presenta y a partir del registro mismo de su presentación. Pero, a pesar de que el narrador es imposible, lo que este cuervo relata no se encuentra en sus delirios, no pertenece a un universo maravilloso en donde las acciones se ven trastocadas en su causalidad; por el contrario, todo lo referido es verosímil, perfectamente coherente, sólo deja de serlo cuando este narrador imposible introduce su punto de vista, momento en que la realidad se introduce en un universo maravilloso en la que queda encerrada. Aub intenta asir la realidad fáctica a partir de una



voz que se ubica en otra dimensión, y que por esto debe necesariamente operar una alquimia en ella y desfigurarla hasta hacerla absurda; en esta amalgama, mediada por la voz del cuervo, entre facticidad que se vuelve fantástica y fantasía que respeta la facticidad reside la fuerza explosiva de MC.

4.

“He procurado seguir el procedimiento más riguroso posible [...] para mí la exactitud, las papeletas, el método es mi propia razón de ser. Se es erudito o no se es nada” (Aub, 1999: 58): Jacobo es ante todo un cuervo de ciencia, su visión es aséptica, objetivista y su lenguaje es el impasible lenguaje científico. De este modo, para conseguir su efecto desrealizador, Aub apela al mismo tiempo a una estrategia de intertextualidad que debe ser leída en su justo desarrollo: es decir desde la asunción de un registro científico hasta su estallido final en una obra amorfa, desde el intento de sistemática construcción hasta su posterior fragmentación cuando el registro científico se vea mutado en algo que no pasa de unos simples apuntes, inconexos, enigmáticos, sin solución. Pero este juego de intertextualidad nos va a dar la pauta de un problema mayor: el problema de la imposibilidad de la representación. Aub piensa que cuando la racionalidad se quiebre en su centro, cuando el “método” no pueda dar cuenta de una realidad que lo excede y sólo devenga parodia de sí mismo tendremos ante nuestros ojos la patentización del fracaso de toda representación conceptualizante. Es decir, el recurso a un registro científico no aporta sólo a la estrategia de desrealización, sino que funciona también como índice del fracaso de todo relato racional-racionalizante acerca de situaciones que han extraviado todo tipo lógica.

Pero, ¿en qué radica más precisamente este fracaso, esta ruptura de la racionalización ingenua que pretende llevar adelante Jacobo? Podemos insinuar que radica en el intento corvino de elaborar una antropología integral y universal a partir del campo como espacio humano privilegiado y paradigmático de estudio. Por el contrario, y aquí reside toda la fuerza humanística del relato, Aub confía en que la humanidad no se agote en eso, confía en que al hombre le resta algo que no ha podido ser anulado por ninguna condición de vejación, por ningún encierro, por ninguna irracionalidad que haya lacerado su cuerpo y su alma. Jacobo, al igual que los prisioneros que le sirven de objeto de estudio, sólo es capaz de perseguir “una infinitésima parte de lo existente” (Aub, 1999: 138), puesto que el campo no agota la humanidad y, en este no llegar a dar cuenta de ese resto se desploma todo el proyecto antropológico corvino. Es este el sentido más preciso de ese misterioso “debe haber algo más” (Aub, 1999: 169) que cierra el relato: confianza en la



humanidad como resto, fracaso de todo proyecto de despersonalización. Pero el problema es que no podemos saber a partir de MC en qué consiste ese resto, el relato está inundado por un pesimismo que apenas deja lugar a algunas insinuaciones ambiguas y no son demasiadas las huellas que nos indiquen por dónde buscarlo: tal vez se encuentre en la distanciada descripción final de los comunistas, tal vez halla que buscarla en otro lugar, como en la figura ingenua y enternecedora del Málaga en “El limpiabotas de Padre Eterno”, quien logra gestos repletos de humanidad en un universo que nunca llega a comprender, o en los lazos de amor y solidaridad que une a María, Juan y Julio en *Campo Francés*.

5.

Ahora bien, jugando con las reglas que parece proponer el relato y visto en esa justa medida, este proyecto de una “antropología sistemática corvina” no implica sólo una especie de analítica axiológicamente neutra sino que, por el contrario, conlleva naturalmente un intento de homogeneizar matices para enclaustrarlos en legalidades universales, de conferir a la humanidad una estructura identificadora que sature sus diferencias; en definitiva, esta antropología no hace sino cumplir la misión igualadora del campo, en donde realmente los hombres sólo se dividen en “internos –presos, internados, detenidos- , y externos –militares con o sin graduación- pero igualados por la incertidumbre” (Aub, 1999: 66). El fracaso del proyecto de Jacobo, es la confianza de Aub de que el campo no logre imponer su misión: la antropología corvina es la realización de las potencialidades del campo, es su consumación estilística diríamos. Por esto, dicha solución, “que es una solución como otra cualquiera”, debe fracturarse, y es ese fracaso la trama de MC.

Este desbancarse del proyecto corvino va a ser indicado, como dijimos anteriormente, cuando finalmente el informe científico acabe reducido a un conjunto de fichas que no guardan apenas un mínimo de conexión entre sí; el ideal sistemático del conocimiento científico se disuelve en fragmentos parciales, dispersos, que ni siquiera pueden articularse en una narración, que estallan en una incoherencia sofocante. La indecibilidad de la experiencia concentracionaria queda reflejada en la explosión del relato que se pretendía contenido e impermeable; por esto MC es a su modo gesto del aspecto huidizo que tiene toda barbarie.

6.

Los cuentos concentracionarios de Aub se encuentran en un volumen que posee un título sugestivo: “No Son Cuentos”, negación que afirma la vocación testimonial de su obra,



y que vemos reflejada también en la presura con que Aub redacta *Campo Francés*: en los veintitrés días que separan Casablanca de Veracruz una vez salido del campo de Djelfa en una urgencia por testimoniar (Malgat, 2007: 184). Pero esta disposición no es la finalidad última y única como en Levi, sino que alude también a un compromiso literario, a una disposición de escritor que no debe dejar de considerarse. Los relatos de Aub asumen la tensión entre lo ficcional y lo testimonial, que puede remitirse a una tensión más fundamental que caracteriza tal vez a todo el género realista, es decir la tensión entre los componentes epistemológicos y estéticos de la obra, entre el valor de verdad que se intenta defender y la necesaria filiación artística al mismo tiempo. Es una tensión entre elementos cognoscitivos y estéticos que sólo pueden dejar de ser contradictorios en relación con la suerte de la obra. Verdad y belleza operan así en un campo de fuerzas adentro del relato y de la resolución de esta tensión puede depender su logro. En MC esta tensión es clara: “Del Arte: manera que tiene el hombre de conocerse. Y por eso mismo, en la mayor decadencia” (Aub, 1999: 116). Frase enigmática pero que no deja de asentar una postura.

Dejando actuar a la ficción Aub mezcla personajes reales con otros creados en su imaginación, sus actores desfilan en diversos escenarios encarnando diversos diálogos, con diversas etiquetas: así lo vemos en “Una Historia Cualquiera”, en donde la historia se repite y se diluye en fragmentos al interior del mismo relato, como cuando el viejo Luis Le Portiller va hacia su muerte en un campo francés cerrando enigmáticamente un ciclo abierto durante la Guerra de la Independencia Cubana. A pesar de convivir testimonios de experiencias vividas con fábulas imaginadas, esta indefinición genérica jamás oculta el hecho, sino que lo mediatiza, lo salva de sus tics, de sus lugares comunes, de la linealidad que no tiene mucho para decir, de la repetición del trauma; esa imprecisión de los relatos no diluye la referencialidad, no se desentiende nunca de lo que indica el testimonio, sino que lo asume en un nivel en el que quedan perfectamente mostradas sus características ilógicas.

7.

Conocida la vocación testimonial que convive con la literaria de Aub, aún nos queda por saldar la pregunta acerca de qué es lo está dando cuenta el testimonio. Para Giorgio Agamben el testimonio se encuentra en una “laguna”, en una imposibilidad, puesto que se realiza en lo que no hay en él. El testigo que verdaderamente puede dar cuenta de los hechos es el “testigo integral”, el “hundido”, el “musselman”, el que ha colapsado física y psicológicamente; pero, por eso mismo, es éste el que ha sido privado de lengua y pensamiento, y su capacidad de testimoniar totalmente anulada; esta situación da cuenta de



la paradoja en la que se encuentra todo testimonio y que constituye su nervio más íntimo: el testimonio es un punto nulo que se da en el encuentro entre dos imposibilidades: la del testigo integral que ya no tiene lengua y la del sobreviviente que no puede decir la “laguna”. Por esto, el testimonio no es comunicación, sino la muestra patente de su suspensión, el índice que nos indica que hay algo que no puede ser transferido, que nos marca la situación en la cual el intercambio comunicativo se tropieza con baches que no son meros ruidos, sino algo que le es constitutivo (Agamben, 2005: 121).

Pero aún más: Agamben lleva esta analítica del testimonio hacia una teoría del sujeto, ya que la estructura dual del testimonio (posibilidad-imposibilidad de hablar) da cuenta a la vez de la estructura dual del sujeto; es decir sólo hay testimonio porque el hombre y el no-hombre, el sobreviviente y el “musulman” no coinciden pero, a su vez, el hombre es ese “resto” en el centro de esa dualidad, es el entrecruzamiento entre una subjetivación y una desubjetivación, entre un decir y un no-poder decir: es el hombre que sobrevive al no hombre, pero también el no-hombre que queda cuando el hombre ha sido anulado. El testimonio nace de esta tensión ubicándose en un adentro y en un afuera de la lengua, entre lo decible y lo no decible, y en tal cesura introduce al sujeto –testigo y “musulman”, “salvado” y “hundido” a la vez-. Para Agamben esto sólo es posible por esta cesura infinita de la que es pasible el hombre, sólo es posible el testigo porque la vida humana es divisible y destruible al infinito, y porque además de esto aún así puede seguir manteniéndose como “resto”, como vida humana. Esto es lo que resuena en la frase vindicatoria final de MC: el “debe haber algo más” alude a ese resto que Aub no puede precisar, resto intuido pero que no consigue ser señalado con decisión.

Si aceptamos que el testimonio se estructura en base a una posibilidad-imposibilidad, podemos acercarnos un poco tal vez al “fracaso” de MC, o entender la forma impura e imposible de *Campo Francés* –¿historia?, ¿cine?, ¿teatro?, ¿novela?–. La imposibilidad de la representación no se debe tanto a un límite estético o a lo atroz del hecho, sino a la contradicción irresuelta entre el testimonio y lo testimoniado, entre el habla y el vacío. Es, como dijimos, el lugar en donde el sujeto se desubjetiva, en donde el testigo se pierde en lo testimoniado, o como dice Max Aub en la presentación de *Campo Francés*: “no hay en lo que sigue nada personal, curiosa afirmación para lo que aseguro memorias. Fui ojo, vi lo que vi, pero no me represento” (Aub, 1965: 6). El testimonio no es el lugar de la autoreflexión sino del conflicto de disolución del sujeto: el sujeto del testimonio es un sujeto ausente, indica más bien una suerte de prosopopeya. En tanto espacio de desubjetivación Aub siente la necesidad de sacar afuera al narrador y darle la voz a un personaje



inverosímil: en MC nadie nos habla, no existe un sujeto con el que podamos identificarnos y que refiera a sus categorías lo narrado; en este sentido el campo es un acontecimiento sin testigos, hecho puro en el cual el testigo no puede dejar sus huellas, en el cual el sujeto no puede verse a sí mismo y sólo debe recurrir como último gesto a la posición del cronista: “sencillamente, apunto con mi caletre que no peca de agudo; una vez más, cronista” (Aub, 1965: 7).

8.

“Lo mío es un equivocación pero podría no serlo”, aduce Julio Hoffman luego de ser encarcelado por segunda vez, “en mi expediente constan muy claro, en cuanto lo vean se darán cuenta y me soltarán” (Aub, 1965: 102). Hoffman confía en la administración, en la disposición racional de las situaciones, pero su confianza no tardará en ser quebrada cuando la vida del campo, en el cual la excepción se ha convertido en regla, comience a hacerse propia, cuando perciba que el campo es el lugar de fractura de las normas, una dimensión irreal en la cual las frecuencias rutinarias se alteran en imprevisibilidades atroces. Es el azar su sustancia más propia como sistema racionalizado y administrado productor de irracionalidad. La pesadilla kafkiana de aquel que se despierta sin saber por qué está allí, sin saber por qué ha venido de ese modo, se repite en la vigilia de cada uno de los internados del universo aubiano.

La peculiaridad del campo francés tiene un tanto que ver también con su historia: campo de refugiados para exiliados españoles durante la Tercera República con el gobierno del Frente Popular, se convierte rápidamente en campo concentracionario durante Vichy, bajo el imperativo de leyes xenofóbicas, raciales y de persecución ideológica. De carácter ambiguo, como un espacio llano y desmontado el campo de Aub es sofocante y gris, no es el dispositivo de aniquilación que conoció Levi en Buna-Birkenau; es un campo en donde el riesgo no es tanto la explosión sino la disolución, el olvidarse de todo, el ser subsumido en un absurdo opaco, en un vacío que no acaba de explotar pero que enferma, en el cual los hombres “de tan absurdos males se vuelven amarillos” (Aub, 1999: 114). Sea como sea, el campo francés aún tiene la capacidad de producir al “muselman”, al hombre al que le han sustraído su alma y que ya no puede hablar. La cotidianeidad no responde a una lógica diferenciable; como dijimos, es el azar su sustancia y también su finalidad:

MAS LÓGICA:



Boleslav Sparinsky y Stefan Goldberg, polacos; el primero está internado por no haberse alistado en el ejército polaco; el segundo, está internado por haberse alistado en el ejército polaco. (Aub, 1999: 146)

9.

La pregunta por los motivos de detención recorre cada uno de los relatos y sólo encuentra el espacio vacío de la falta de respuesta. Esa incertidumbre, ese azar perfectamente organizado pero ya incontrolable, no tiende sino a borrar las huellas, a borrar toda señal de identidad, a perder los personajes en una secuencia de máscaras, en una caterva de situaciones oníricas. Ni las historias, ni las memorias, ni las afiliaciones, ni los países, ni los tiempos importan, y la pérdida del nombre se confunde con la inexistencia de motivos para tenerlo: “Cada uno se apuntó con el nombre que le dio la gana. Yo daría cualquier cosa por saber por qué estoy aquí” (Aub, 2006: 132) refiere Aub en “Una Historia Cualquiera”. Tal vez se deba a esto el juego aubiano del intercambio de nombres, de las transposiciones y reposiciones de personajes en situaciones distintas y similares a la vez, del desplazamiento de las escenas, de los diálogos de una escena a otra. En el campo todo se halla indiferenciado, la continuidad de las identidades y los mecanismos de sentido se hallan suspendidos. Y en su lugar sólo queda, en términos de Agamben, una “zona gris” como punto de fusión de todas las categorías éticas, como espacio de indistinción en el que se hace complejo acusar, en el que los verdugos se identifican con las víctimas y las identidades se diluyen (Agamben, 2005: 20). Por esto en “Un traidor” y ante la presencia del delator, Gonzalez Rivez exclama: “Si miras bien las cosas, ¿de quién es la culpa?” (Aub, 2006: 68). Sea como categoría ética, sea como categoría jurídica ¿de qué sirve hablar de culpas adentro del campo?

Aub es conciente de que no recoge la vida de héroes, de que la literatura aquí no puede ser hagiografía, sino que debe presentar seres que simplemente han perdido todo sentido. Nunca idealiza a sus actores, sino que un vaivén de compasión y desprecio se apodera de su ánimo, como con Charles Colin quien “rebose veneno. Podrido, tiende a pudrir lo que le rodea, como si su salvación radicara en enviciar cuanto alcanza” (Aub, 1999: 167). No actúan los héroes sino hombres menores que llevan su encierro a cuesta, cargados de vilezas, sobre los cuales las huellas de detención se han hecho fisonomía. El campo ya no es tanto un lugar como una atmósfera, olor a encierro concentracionario: “... peste ligera, no por ello menos peste. Me persigue, le aseguro que me persigue. Mugre



lenta, despaciosa, socarrona. De connivencia, ¿con quién?, ¿con qué?, ¿qué me quiere?, ¿por qué me sigue?, ¿qué engaño?, ¿qué astucia?” (Aub, 2006: 259).

10.

Pero no debemos escindir al campo de la sociedad en la cual se encuentra, como no debemos escindir su irracionalidad de la incomprendible trama histórica de la que forma parte. El campo es tanto un experimento antropológico como una definición política, sus premisas son ante todo políticas y su azar es resultado de racionalidades históricas:

Los fascistas son racistas y no permiten que los judíos se laven o coman con los arios.

Los antifascistas no son racistas, y no permiten que los negros se laven o coman con los blancos.

Los fascistas ponen estrellas amarillas en la manga de los judíos.

Los antifascistas no lo hacen, bástale la cara de los negros.

Los fascistas ponen a los antifascistas en los campos de concentración.

Los antifascistas ponen a los antifascistas en los campos de concentración.

Los fascistas no permiten huelgas.

Los antifascistas acaban con las huelgas a tiros.

Los fascistas controlan las industrias directamente.

Los antifascistas controlan las industrias indirectamente.

Los fascistas pueden vivir en los países antifascistas.

Los antifascistas no pueden vivir en los países fascistas, ni tampoco en algunos antifascistas.

(Aub, 1999: 128)

La lógica del campo en este sentido no es tan distinta a la lógica de la sociedad que lo crea. El espacio interno reproduce, potenciadamente y de modo brutal, ciertas fisonomías del tiempo externo: espacio interno-tiempo externo se identifican en la situación concentracionaria. Por esto, lo interesante sería no tanto pensar el campo como dimensión completamente otra, en lo que diferencia y se opone, sino pensar los puntos de relación que une el campo con la sociedad, lo que comunica y revela de aspectos y dinámicas históricas y sociales (Vezzetti, 2000: 14); pensar cómo y por qué un campo de concentración fue históricamente posible es una tarea ya propiamente política. Los textos concentracionarios de Aub, en especial MC poseen innegablemente esta dimensión que sostiene todo el discurso; pero tal dimensión pertenece a la intimidad del testimonio, y muchas veces tiende a ser dejada de lado. Es decir, el testimonio no sólo representa una fractura en el sujeto y



una imposibilidad de comunicación como sostiene Agamben, sino que también corresponde a un particular modo de la praxis pública (aspecto que Agamben olvida): aquel que testifica quiere algo más que referir lo que ha sufrido, quiere también dar cuenta de sus verdugos, quiere hacer una denuncia, señalar un estado de cosas que no debería haber ocurrido y ajusticiarlo aunque más no sea simbólicamente, es decir el testimonio crea una particular manera de posicionarse ante el pasado; este es el núcleo político del testimonio y sin ese particular modo de confrontación el relato de Aub no podría ser comprendido; incluso cuando los acusados se vuelven impersonales, cuando culpar requiera de un arduo ejercicio de diferenciación que se pierde en callejuelas desbocadas:

Los internados fueron traídos aquí por una administración. Esta administración ha desaparecido, pero los hombres siguen aquí. A aquella administración sucedió otra, que trae más internados. Como los primeros no pueden reclamar a la administración que aquí los trajo, porque ya no existe, no tienen a quién dirigirse para solicitar su libertad, y aquí seguirán hasta su muerte. (Aub, 1999: 75)

Esta dimensión pública del testimonio se relaciona con ser materia prima de la indignación como sostiene Levi; dimensión en la que el sujeto testigo es menos importante que los efectos morales de lo enunciado. Antes que el sujeto que se restaura a sí mismo en el testimonio, se restaura también una dimensión colectiva que, por oposición y por su carga moral, se desprende de lo transmitido en la sustancia testimonial (Sarlo, 2005: 45-46).

11.

Ahora bien, si como dijimos anteriormente el testimonio tiene una prerrogativa política que es imposible dejar de lado, debemos precisar que esta cualidad se expresa en el particular tipo de memoria que contribuye a formar, por esto ante la lectura de textos así, en los cuales la vocación testimonial es protagonista, lo primero que debemos preguntarnos es qué tipo de relato sobre el pasado propicia, a qué espacio en la construcciones de la memoria colectiva se dirige.

Para contestar esto debemos tener en cuenta que cuando se habla de un humanismo en Aub no se habla de un ideal abstracto, universalizador, receptáculo noble en el que se cuele el agua y el aceite; por el contrario, su humanismo implica un posicionamiento fuerte ante un referente histórico repleto de falacias y de vergüenzas, implica más allá de todos los matices el intento de localizar responsables, la certeza de que



no todo vale igual. El suyo no es el gesto del nihilista posmoderno, sino un lamento por la traición a los ideales modernos de quien aún cree en ellos.

Ciertamente, no se puede inscribir a Aub en la línea heroicizante y mitificadora de la resistencia española, ya que sus personajes no se construyen en gestas, ni en sueños immaculados de poetas, guerreros y amores destruidos, sino en la vejación, en lo vergonzoso, en aquello que apenas puede ser llamado humano. Pero tampoco se inscribe en la tradición de lo políticamente correcto, de la conciencia conciliadora o revisionista. Por el contrario, Aub expresa la mala conciencia que debería sobrevivir no sólo en España, sino también en Francia (cuyas políticas de memoria se concentraron más en la “guerra franco-alemana” sin haber puesto en debate su actitud hacia los emigrados españoles; incluso poniendo en paréntesis Vichy como intentó hacer el periodo gaullista, ya que las persecuciones ideológicas y xenófobas comenzaron estando el mismo Frente Popular en el gobierno). Por esto, la lectura de Max Aub es un incentivo para plantear las cuestiones en sus justos términos, para no descansar en falsos universalismos, en ideales abstractos que fueron traicionados cada vez que hubo oportunidad de ello. Ni mitificación ingenua, ni conciliación insulsa, el gesto político de Aub va en esta construcción incidente que no debe dejar descansar la culpa. Va en mostrar que la humanidad es aquello que debió sobrevivir a su propia vergüenza, a la xenofobia, a la persecución, a la intolerancia, a su propia estupidez, a todo aquello que no debió de haber sucedido, y que no debe ya olvidarse.

Bibliografía

Agamben, Giorgio (2005). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. (Homo Sacer III)*, Valencia, Pre-textos.

Aub, Max (1965). *Campo Francés*, París, Ruedo Ibérico.

Aub, Max (1999). *Manuscrito Cuervo*, (Introducción y notas de José Antonio Pérez Bowie, epílogo de José María Naharro-Calderón), Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares - Fundación Max Aub.

Aub, Max (2006). *Obras Completas vol. IV-B: Relatos II, Los relatos de El Laberinto Mágico*, (Introducción y notas de Luis Llorenz Marzo y Javier Lluchs Prats), Valencia, Biblioteca Valenciana.

Malgat, Gerard (2007). *Max Aub y Francia o La esperanza traicionada*. Sevilla, Renacimiento.



Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Vezzetti, Hugo (2000). "Representaciones de los campos de concentración en Argentina". Revista *Punto de Vista* XXIII/68.

Datos del autor

Gustavo Robles: Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de Tucumán, Argentina y distinguido con medalla de oro en dicha institución. Actualmente se encuentra culminando la Maestría en Historia y Memoria en la Universidad Nacional de La Plata, y realizando el doctorado en Filosofía por la misma Universidad con beca de CONICET. Su tema de trabajo está centrado en la relación entre crítica, modernidad y superación del pasado histórico a la luz de la tradición crítica de la Escuela de Frankfurt. Lugar de trabajo: CIMeCS (Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales)-UNLP.

